

BIBLIOTECA USLAR PIETRI

Las lanzas coloradas

ILUSTRACIONES
DE ZAPATA



Uslar Pietri escribió su novela a poco de que Rómulo Gallegos, compatriota suyo, señalara un hito literario con la publicación de su «*Doña Bárbara*» (1929), obra que se convertiría en la culminación de la narrativa regionalista, una corriente literaria de fuerte contenido simbólico que en las primeras décadas del siglo XX se ocupó de la singularidad latinoamericana. Sus mejores exponentes son las novelas «*La vorágine*» (1924, del colombiano José Eustasio Rivera), «*Don Segundo Sombra*» (1926, del argentino Ricardo Güiraldes) y la ya mencionada de Gallegos. La novela regionalista fluctúa entre un cierto folclorismo —descripción de tipos humanos característicos: el llanero venezolano, el cauchero colombiano, el gaucho argentino—, falto en todo caso del complaciente afán pintoresco que mucho lastraba la obra de autores precedentes; y, sobre todo, una concepción fatalista del hombre de estas tierras, sometido a su pesar a la inmensidad de un entorno agreste e implacable y convertido prácticamente en prolongación de las fuerzas ciegas de la naturaleza. La tendencia localista impregna buena parte de la novelística latinoamericana, lo que en muchos casos le enajena el interés del mundo de fuera. Uslar Pietri, sin desembarazarse del aprecio de lo vernáculo, optó por desmarcarse tanto del naturalismo paisajista y pintoresco como del regionalismo y sus resonancias alegóricas, especialmente aquella contraposición entre civilización y barbarie que le subyace (a modo de desarrollo del tema que el argentino Domingo Faustino Sarmiento planteara en su clásica novela «*Facundo*», de 1845).

«*Las lanzas coloradas*» tiene por contexto la guerra de independencia en lo que fuera la Capitanía General de Venezuela. En la breve extensión de la novela se condensa una variedad de personajes de distinta condición, destacando entre ellos el hacendado Fernando Fonta, joven soñador y de escaso temple, seducido por el idealismo de la causa in-

dependentista; y su brutal capataz, Presentación Campos, mulato fuerte, bravucón y de imponente presencia; ávido de acción y de gloria guerrera, Campos solivianta a los esclavos que dirige, destruye la hacienda y se pliega al ejército del general Boves, jefe realista famoso por su crueldad. Mientras Campos va en busca de la guerra y disfruta de sus atrocidades, el hacendado la padece. En compañía muy diversa –Fonta con sus dos amigos, uno de ellos un oficial inglés, Campos a la cabeza de los esclavos sublevados—, guiados por motivos contrapuestos, recorren ambos los amplios llanos venezolanos hasta toparse con los bandos en liza. La que hay es una guerra salvaje. Uslar Pietri no se va con medias tintas al representarla, pero tampoco hace de su novela libelo acusatorio ni folletín propagandístico. Lejos de formular discursos aleccionadores, se aplica a enfocar la lente en la violencia desatada, en la que los personajes no sirven más que de peones. El hombre que ha perdido su hacienda y cree muerta a su hermana, ese Fernando Fonta que en Caracas se uniera a los conspiradores que alentaban la instauración de la república, debe empuñar un arma cuando sus escasos arrestos se han extinguido. Por su parte, Campos, quien se ha unido al bando realista sólo por parecerle el más fuerte –y es que toda señal de debilidad lo asquea—, se luce en la refriega, complacido de enrojecer su lanza con la sangre del enemigo. No es la justicia de una causa o las iniquidades de su contraria lo que conduce la narración, en la parte medular, sino la ferocidad de la guerra y el salvajismo desbocado de los hombres del llano.

PRESENTACIÓN

Arturo Uslar Pietri (1906-2001) concibió y escribió su novela inaugural en París, entre finales de 1929, cuando la soñó por primera vez, y la fecha de conclusión, en enero de 1931. Entonces contaba con veinticinco años, se había graduado de abogado en la Universidad Central de Venezuela, y se encontraba en la capital de Francia ejerciendo el cargo de Agregado Civil a la Legación de Venezuela. Allí estuvo entre 1929 y 1934, cuando regresa al país.

La génesis de «*Las lanzas coloradas*» fue establecida por su autor en conversación sostenida conmigo a finales de 2000, dos meses antes de morir y recogida en el libro «*Arturo Uslar Pietri: ajuste de cuentas*» (los libros de *El Nacional*, Caracas, 2001). Inquirido sobre el particular, el escritor señaló:

Yo siempre he sido muy venezolano, y me preocupaba la llegada de 1930, que era el año del Centenario de la muerte de Bolívar, y me preocupaba qué íbamos a hacer los jóvenes venezolanos con ese centenario. Entonces le escribí a Rafael Rivero, que se ocupaba de cine, a ver si hacíamos una película. En aquellos días yo había visto una película que me había impresionado mucho, de un autor ruso, que se llamaba «*Tempestad en Asia*», y entonces pensé

que podríamos hacer algo parecido, una película sin protagonistas, como una rememoración o como el descubrimiento de nuestra civilización. Pero aquellos años no terminaron en nada y, bueno, el guión que era «*Las lanzas coloradas*» se convirtió en una novela.

Imposible no advertir en las páginas de la novela el espíritu plástico de sus escenas. Quizás esta confesión de Uslar explica la velocidad de muchos de los pasajes de la obra, así como lo que podríamos llamar su *élan* cinematográfico. Incluso podría especularse acerca de si el éxito inmediato de la obra —acogida por la crítica con aplausos y traducida sin dilación al alemán y al francés— no es tributario de su moderna estructura narrativa, pariente cercana o vecina de la cinematográfica. Pero no es éste el momento de ventilar estas hipótesis, aunque sí de asomarlas a consideración de los lectores. En todo caso, la obra del joven precoz será la primera de siete novelas, todas centradas en la combinatoria de la llamada «novela histórica», creación que en Hispanoamérica tuvo en Uslar Pietri a unos de sus más eminentes cultores.

Si en «*La visita en el tiempo*» (1990) el narrador ubica la trama en España en el siglo XVI, siendo su única novela de tema no venezolano o continental; si en «*La isla de Robinson*» (1981) aborda el retrato de un personaje de tiempos independentistas que lo sedujo desde niño: Simón Rodríguez; si en «*Oficio de difuntos*» (1976) trazó el dibujo psicológico del general Gómez; si en «*Un retrato en la geografía*» (1962) y «*Estación de máscaras*» (1964) abordó la historia política contemporánea venezolana; si en el «*El camino de El Dorado*» (1947) centró su afán en la peripecia de «el tirano Aguirre», como personaje-ventana al período de Conquista y Colonización de América; en «*Las lanzas coloradas*» (1931), su primera novela, trabajó el clima humano y

social del nacimiento del proyecto republicano, sus contradicciones, su violencia, sus episodios guerreros.

Vista a la distancia, parece imposible que la obra novelesca de Uslar hubiera podido comenzar con otro tema, y distinto tiempo y escenario. Es como si aquél hombre de mente organizada y visionaria se hubiese propuesto trabajar el principio de la vida republicana y sus antecedentes heroicos, para después sumergirse en otras obsesiones temáticas, pero siempre después de haber despejado el comienzo. La novela, presa del ímpetu juvenil de Uslar, fue concebida como un alegato fundado en el fervor. Él mismo se lo comienza en carta del 4 de junio de 1931 a su entrañable primo hermano Alfredo Boulton Pietri:

«*Las lanzas coloradas*» son un grito de amor doloroso. Amor total y vehemente por aquella tierra de que está hecho mi cuerpo, por aquel mundo que puebla mi espíritu, por aquellas cuitas que desgarran mi corazón. Que yo sepa no se ha hecho en Venezuela nada semejante, ni en la trascendencia de la evocación, ni en la sinceridad del sentimiento, ni en el dolor sin retórica de la descripción de las almas.

Obra de comprensión infinita. Porque amo he comprendido. Porque ansiosamente adoro y sufro he podido ver y decir toda la divina simplicidad. Porque estoy transido de angustia he podido hacer mío todo aquél mundo. Mío para siempre. «*Las lanzas coloradas*» son mi título de propiedad.

Ya entonces brotaba en Uslar una característica sobre su estar sobre la tierra: su venezolanidad raigal, eje de su trabajo creador y de su tarea de hombre público. Esta impronta venezolanista fue acompañada, desde entonces, por una suerte de angustia interpelante, la del que ve con claridad lo que otros atisban en medio de la niebla. Si este sentimiento fue el motor de su primera novela, también lo acompañó a lo largo de toda su vida. De hecho, en aquellas tardes de finales del 2000, en que grabamos muchas horas de diálogo, siempre insurgía Venezuela con el dolor del que lleva una espina clavada en el corazón.

La historia editorial de «*Las lanzas coloradas*» merece un texto que establezca su curiosa relación. Por lo pronto puede decirse que la primera edición es española, en la editorial Zeus, en 1931, y se publica por primera vez en Venezuela en 1946, después de que su autor desempeñara altos cargos públicos y, sin embargo, no gestionara la edición de la obra valiéndose de sus prerrogativas. Al día de hoy ha sido traducida, en orden cronológico, al alemán, francés, inglés, checo, italiano, rumano, portugués, serbio y alguna otra lengua que se me escapa. No es común en la biografía de un autor que su novela más leída sea la primera que publicó, pero ese es el caso de Uslar Pietri y su *ópera prima*, una obra que desde su juventud fue como la primera piedra de su prestigio novelístico, además de compañera del largo camino de su autor hacia al papel de altísima y esclarecida voz de la tribu.

RAFAEL ARRÁIZ LUCCA

«Destiqué al sargento Ramón Valero con ocho soldados..., conminando a todos ellos con la pena de ser pasados por las armas si no volvían a la formación con las lanzas teñidas en sangre enemiga... Volvían cubiertos de gloria y mostrando orgullosos las lanzas teñidas en la sangre de los enemigos de la patria».

PÁEZ

I

¡Noche oscura! Venía chorreando el agua, chorreando, chorreando, como si ordeñaran el cielo. La luz era de lechuza y la gente del mentado Matías venía enchumbada hasta el cogollo y temblando arriba de las bestias. Los caballos planeaban, ¡zuaj!, y se iban de boca por el pantanero. El frío puyaba la carne, y a cada rato se prendía un relámpago amarillo, como el pecho de un Cristofué. ¡Y tambor y tambor y el agua que chorreaba! El mentado Matías era un indio grande, mal encarado, gordo, que andaba alzado por los lados del Pao y tenía pacto con el Diablo, y por ese pacto nadie se la podía ganar. Mandinga le sujetaba la lanza. ¡Pacto con Mandinga!

La voz se hizo cavernosa y lenta, rebasó el corro de ocho negros en cuclillas que la oían y voló, llena de pavoroso poder, por el aire azul, bajo los árboles bañados de viento, sobre toda la colina. Mandinga: la voz rodeó el edificio ancho del repartimiento de esclavos, estremeció a las mujeres que lavaban ropa en la acequia, llegó en jirones a la casa de los amos, y dentro del pequeño edificio del mayordomo alcanzó a un hombre moreno y recio tendido en una hamaca. ¡Mandinga! Los ocho negros en cuclillas contenían la respiración.

¡Fea la noche! No se oía ni el canto de un pájaro; el cielo, negro como fondo de pozo, y Matías punteando callado. No marchaba sino de noche, como murciélago cebado. ¡Adelante, como toro madrinero y atrás los veinte indios! ¡Ah, malhaya del pobre que tropiece con Matías! Al pobre que encuentre lo mata, ¡ah, malhaya! Montaba en un potro

que hedía a azufre y echaba candela, y, por eso, desde lejos, la gente lo veía venir. Estaba la noche cerrada como pluma de zamuro. ¡Y ahora viene lo bueno!...

La voz del narrador excitaba la curiosidad de los negros de una manera desesperante; se encendía como una luz absurda en la tarde llena de sol y alcanzaba al mayordomo tendido en la hamaca. Lo molestaba como una mosca persistente. Bronceado, atlético, se alzó y llegó a la puerta de la habitación; el sol le labró la figura poderosa y el gesto resuelto.

Vio el corro en cuclillas, allá junto a la pared, los torsos negros desnudos y la voz aguda.

—Aagua y relámpagos. Iba la tropa apretada con el frío y el miedo y Matías adelante. Cuando ven venir un puño de gentes; ¡ah, malhaya! Era poca la gente y venía con ellos un hombre chiquito y flaco, con patillas y unos ojos duros.

—¡Espíritu Santo! —interrumpió uno—, ¿y cómo con tanta oscuridad pudieron ver tanto?

—¡Guá! ¿Y los relámpagos?

—¡Uhm! ¿Tú estabas ahí?

—Yo no. Pero me lo contó uno que lo vio. Y, además, yo no le estoy cobrando a nadie por echar el cuento. ¡Bueno, pues! Cuando Matías ve la gente pela por la lanza y se abre con el potro. Los otros se paran viendo lo que pasaba. ¡Y ahora es lo bueno! Y va Matías y le pega un grito al hombre chiquito: «Epa, amigo. ¿Usted quién es?». Y el chiquito le dice como sin querer: «¿Yo? Bolívar». Persignársele al Diablo no fuera nada; echarle agua a la candela no fuera nada; pero decirle a Matías: «¡Yo soy Bolívar!». Paró ese rabo y se fue como cotejo en mogote, ido de bola, con todo y pacto con Mandinga.

Los negros comenzaban a celebrar con risas el cuento, cuando la sombra de un cuerpo se proyectó en medio del círculo. Rápidamente volvieron el rostro. El mayordomo, en

una actitud amenazante, estaba de pie delante de ellos. Su figura señoreaba los ocho esclavos acobardados.

—Presentación Campos —dijo uno en voz baja.

—Buen día, señor —insinuó Espíritu Santo, el narrador.

—Buen día —musitaron otras voces.

El hombre dio un paso más, y ya, sin poderse contener, los esclavos se dispersaron a la carrera, hacia las casas o por entre los árboles, dejando en el aire su olor penetrante.

Sin inmutarse por la fuga, Presentación Campos gritó:

—¡Espíritu Santo!

Al eco, tímidamente, la cabeza lanosa y los ojos llenos de alaridos blancos, asomaron por la puerta del repartimiento; luego, toda la anatomía flaca y semidesnuda del esclavo.

—Venga acá, Espíritu Santo.

Casi arrastrándose, llegó hasta el mayordomo.

—Buen día, señor.

—¿Por qué no fuiste a decirme que habías regresado?

—Sí, señor. Si iba a ir. Ahorita mismo iba a ir.

—Ibas a ir y tenías una hora echando cuentos.

No intentó justificarse; pero como un perro se alargó sobre el suelo sumisamente.

—¿Trajiste al hombre?

—Sí, señor, lo traje. Es un musiú catire. Ahora está con los amos. Es muy simpático. Se llama el capitán David. Traía una pistola muy bonita y me habló bastante.

—Yo no estoy preguntando nada de eso. ¡Vete!

El esclavo huyó de nuevo.

Presentación Campos comenzó a marchar a paso lento. Su carne sólida se desplazaba con gracia. La pisada firme, la mirada alta, el cabello crespo en marejada. Iba fuera de la raya de sombra de la pared del repartimiento de los esclavos, por cuya ancha puerta salía la tiniebla acumulada a deshacerse en el aire. Dentro, en la sombra, ardían los ojos de los negros. Sin detenerse, metió una mirada rápida, una mirada fría y despiadada. Allí dormían los esclavos; olía a

ellos, al sudor de su carne floja y repugnante. Carne negra, magra, con sangre verde y nervios de miedo. Hizo una mueca y siguió marchando.

Iba por en medio de los árboles en toda la parte alta de la colina; a lo lejos, su mirada podía navegar el verde vivo de los tablones de caña, y más allá los cerros rojos, y más allá, los cerros violetas. Al pie de la colina, la torre y los altos muros de ladrillo del trapiche y el hormiguar de los esclavos.

En la acequia, unas esclavas lavaban, cantando a una sola voz con las bocas blancas.

—Buen día, don Presentación.

El amo había prohibido que se le diera al mayordomo ese tratamiento; pero ante el imperio de sus ojos y la fuerza de sus gestos, las pobres gentes no acertaban a decir otra cosa.

En la carne prieta, los dientes y los ojos blanqueaban acariciadores, húmedos de zalamera melosidad.

—Buen día, señor.

En su caminar majestuoso, apenas si respondía a aquella especie de rito de los débiles a su fuerza.

Junto a un árbol, un viejo con la pierna desnuda, cubierta de llagas rosa:

—Buen día, don Presentación.

Una moza mestiza con un cántaro de agua sobre la cabeza:

—Buen día, don Presentación.

Ante la debilidad de los demás sentía crecer su propia fuerza. Los fuertes brazos, las anchas espaldas, los recios músculos, le daban derecho a la obediencia de los hombres. Respiraba profundas bocanadas de aire tibio.

Un mulato, de su mismo color, venía por la vereda cargado de un grueso haz de leña. Al verlo se dobló aún más.

—¡Buen día, señor!

Por entre los troncos se aproximaba la casa de los amos. Entre los chaguaramos altos, las paredes blancas de los

amos. Don Fernando y doña Inés. Don Fernando, que era pusilánime, perezoso e irresoluto, y doña Inés, que vivía como en otro mundo. Los amos. (Él era Presentación Campos, y donde estaba no podía mandar nadie más). Don Fernando y doña Inés podían ser los dueños de la hacienda, pero quien mandaba era él. No sabía obedecer. Tenía carne de amo.

La tarde hacía transparente el azul de la atmósfera. Grupos de esclavos regresaban del trabajo. Torsos flacos, desnudos. Alguno traía machete, alguno un aro de cobre en una oreja. Hablaban con fuerte voz descompasada.

—La caña de «El Altar» se está poniendo muy bonita.

Todos los tablones son buenos.

—Está buena la hacienda.

—Está buena y va a producir plata, si la guerra no se atraviesa.

Venía Presentación Campos, y el grupo se hendió haciendo vía. Todas las bocas sombrías, unánimemente:

—Buen día, don Presentación.

Y el otro grupo que venía detrás lo hizo en la misma forma. El mayordomo, desfilaba como una proa.

En la palidez de la tarde se destilaba la sombra. Una luz se abrió en una ventana.

Por el camino venían voces.

—Yo no digo eso. Yo lo que digo es que hay guerra. Hay guerra y dura, y va a matar mucha gente.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? Si hay guerra, hay guerra. Si no hay guerra, no hay guerra. ¿Qué vamos a hacer?

Alguien advirtió el mayordomo que se acercaba.

—¡Presentación Campos!

—Buen día, señor.

Salmodiaron todas las voces.

Ahora pasaba frente a la casa de los amos. La ancha escalera que daba acceso al corredor alto, algunas luces encendidas en el piso superior y el ruido del viento en la arboleda que la rodeaba.

Pasaba por delante de la casa de los amos y se detuvo. Aquella casa, aquellas gentes ejercían sobre él como una fascinación.

Venía un esclavo.

—Natividad —llamó el mayordomo.

El esclavo se aproximó con presteza.

—¿Señor?

—Quédate aquí un rato.

Las dos figuras quedaron silenciosas ante la masa blanca del edificio.

—Natividad, ¿te gustaría ser amo?

El esclavo no acertaba a responder.

—¿Te gustaría? ¡Dímelo!

—Pues, tal vez sí, señor.

Presentación Campos guardó silencio un instante, y luego, iluminándosele el rostro con una sonrisa brusca:

—¿Tal vez? ¡Amo es amo y esclavo es esclavo!

Natividad asintió tímidamente:

—Por eso es que es buena la guerra. De la guerra salen los verdaderos amos.

Una media luna frágil maduró en el lomo de un cerro. Presentación Campos regresaba seguido del esclavo. Su voz se hilaba entre la sombra de la tarde.

—La guerra...

—La guerra...

Dijo dentro de la casa un mozo grueso a una muchacha pálida que dejaba correr la mano sobre el teclado de un clave.

—La guerra, Inés, es algo terrible de que tú no puedes todavía darte cuenta.

En el salón decorado de rojo y dorado sonó la voz fresca de la mujer:

—¿Qué nos importa a nosotros la guerra, Fernando, si vivimos felices y tranquilos en «El Altar»? ¿Qué puede hacernos a nosotros la guerra?

Fernando era un poco grueso, con el cabello y los ojos oscuros y el gesto displicente. Su hermana Inés era una joven pálida, vestida de negro, con los ojos iluminados y las manos sutiles.

La luz de los candelabros disparaba reflejos a todas las molduras de los marcos y a la barnizada tela de algunos retratos, donde hombres taciturnos y mujeres sonrientes vestían una carne idéntica.

—A la guerra no se va por gusto, Inés, sino fatalmente. Habrá que ir.

A hablar de eso ha venido el capitán inglés.

Quedó en silencio, sin responder. Lentamente fue haciendo surgir las notas pueriles del clave, hasta comenzar una melodía monótona, una música delgada y trémula, en la que se sentían temblar las cuerdas y que puso oleoso el aire que ardía en las velas quietas.

—¿Y por qué existe la guerra? —interrumpió ella de pronto, mirándolo con fijeza—. Sí, ¿por qué existe? Si todo el mundo puede vivir tranquilo en su casa. ¿Por qué se van a matar los hombres? Yo no lo comprendo.

Fernando sonrió.

—Una cosa tan horrible en que todo el mundo muere, ¿por qué existe?

En sus palabras ingenuas estaba vivo el desasosiego de la guerra. Estremecía las almas, vibraba en el aire, sacudía las hojas de los árboles en los lejanos campos. Estaba desatada la guerra. En todos los rincones, mujeres llorosas decían adiós a los hombres. Por los pueblos pasaba la caballería floreciendo incendios. En aquel minuto, alguien moría de mala muerte.

Fernando dejó de sonreír.

—El mundo no ha sido hecho, Inés, para lo mejor. Por eso, justamente, es difícil explicarlo. La guerra está en él, y nadie la ha traído, ni nadie podrá quitarla.

Volvían de nuevo a correr las manos sobre el teclado.